



"What if women ran the world", *Foreign Affairs*, Vol. 77, nº5, September/October 1998.

Howard Williams es Profesor de Teoría Política en el Departamento de Política Internacional de la Universidad de Wales, Aberystwyth. Es autor de *Hegel, Heraclitus and Marx*, Nueva York, St Martin's Press, 1989; *Essays on Kant's Political Philosophy*, Cardiff, University of Wales Press, 1992; *International Relations in Political Theory*, Milton Keynes, Open University Press, 1992; *International Relations and the limits of Political theory*, Nueva York, St Martin's Press, 1996. David Sullivan es profesor adjunto en Filosofía en el "Coleg Harlech", autor de *Nation and Community*, Coleg Harlech Occasional Papers, Harlech, Coleg Harlech, 1994; "Fukuyama and the idea of progress", in Patrick Dunleavy and Jeffrey Stanyer (eds.), *Contemporary Political Studies*, 1994, London, Political Studies Association; "Hegel on war and international order", in Ian Hampsher-Monk and Jeffrey Stanyer (eds.), *Contemporary Political Studies*, 1996, London, Political Studies Association, Blackwells, 1996. Gwynn Matthews es profesor adjunto en Filosofía en el Departamento de Educación Continua en la Universidad de Wales y autor de *Hegel*, Dinbych, Gwasg Gee, 1984

Israel Sanmartín

*Instituto de Estudios Galegos "Padre Sarmiento" (CSIC)*

**Black, Jeremy - MacRaid, Donald M.,** *Studying History*, MacMillan, Londres, 1997. 225 págs. Pertenece a la serie "How to study". ISBN: 0-333-68795-7. £ 9.50.

The scope of history, 3; Varieties of history (I): "traditional history", 24; Varieties of history (II): "the New History", 51; Approaches to history: sources, methods and historians, 85; Theories and concepts, 123; Studying history, 159; Writing history (I): the essay, 177; Writing history (II): the dissertation, 192; History exams, 203; After-words, 212; Suggestions for further reading, 213; Index, 219.

Aquellos que superan las barreras que la pragmática mentalidad actual impone y eligen el estudio de una carrera de humanidades, en muchas ocasiones parten de un bachillerato en el que, lógicamente, poco ha podido verse del contenido de las carreras que han elegido de grado (los vocacionales) o por fuerza (los de opción). El libro que comentamos procura salvar ese escollo y aproximar a los potenciales estudiantes de historia... ingleses, a algunos de los problemas de la disciplina, así como a las dificultades teóricas y prácticas de su realización. En este sentido, los autores procuran hacer evidente una cuestión básica en la ciencia histórica actual, cual es la de la diversidad de enfoques, la inexistencia de un paradigma común a todos los componentes del gremio historiográfico. A ello se añade la propuesta constante de reflexión teórica integrada en el fundamental recurso a las fuentes, a las que se muestra como elementos claves en el proceso de escritura de la historia, aunque sin considerarlas como meros "textos" ajenos a una inexistente realidad. Tampoco se cae en la postura

contraria, en la sacralización de los testimonios del pasado, y más bien se los sitúa en un contexto crítico: "la historia es tan buena como lo son sus fuentes, [pero] ninguna fuente es nunca perfecta o imparcial" (5).

A ello añaden la importancia social de la historia como elemento relevante, tratando de mostrar a los estudiantes cómo la historia no es una mera relación de hechos de un pasado, sino que la elección de los mismos, su disposición y uso implican unos puntos de partida y unas consecuencias muy concretas para la sociedad que acoge la práctica histórica. No tratan tanto de hacer un loa a la historia disciplinar como de mostrar la presencia de la Historia en el conjunto de la sociedad. La imposible neutralidad del historiador, la historia como problema y el imprescindible recurso, por todo lo anterior, a la interpretación, encierran la realidad de las superposiciones y que éstas entren en contradicción provocando debates y controversias, que los autores consideran de fundamental importancia y caracterizan como microcosmos del trabajo historiográfico, extremadamente útiles, por tanto, para que los estudiantes vean reflejada la disciplina concreta en un ámbito reducido.

Pasan posteriormente los autores a realizar un repaso a la historia tradicional, que consideran aquella realizada fundamentalmente en el siglo XIX y así denominada en contraposición a la nueva historia surgida en el siglo XX. De forma similar a como lo planteara George Lefebvre, que establecía el origen de la historiografía moderna en el renacimiento, lo previo carecía de interés por la ausencia de una idea de ciencia —en el caso de Lefebvre— o por la distancia cultural respecto a unas épocas que impedían la profesionalización del historiador y no concebían la idea motor de la historia en el sentido más propio al siglo XX, cual es el del progreso y la razón. De la historiografía medieval se insiste en el predominio del factor religioso. El siguiente paso es la Ilustración, de la que destacan especialmente sus posibilidades racionalistas, concretadas y desarrolladas durante el siglo XIX. Aunque el enfoque parte de la realidad británica, tratan de recoger diversas opciones más allá de las islas británicas. En cualquier caso, señalan la unidad de modelos historiográficos, la existencia de una historiografía dominante.

Precisamente en este aspecto van a incidir las novedades de la llamada revolución historiográfica del siglo XX. La ruptura del paradigma historiográfico dominante va a llevar a una considerable apertura temática y metodológica en la práctica histórica, aquello que se ha venido calificando como "nueva" historia, una novedad anclada en la larga duración, como ha puesto de manifiesto Ignacio Olábarri. En este proceso de innovación resaltan algunos de los hitos fundamentales, como el desarrollo de la historia económica y social, la aplicación de nuevos puntos de vista a las fuentes, el desarrollo de escuelas y tendencias historiográficas asociadas a ideologías concretas... así como las tendencias más generales que esas manifestaciones concretas suponen: creciente interés interdisciplinar e internacionalización de perspectivas. Terminan en los años ochenta (y dejan de lado por ello un

movimiento que en la reciente historiografía tanto interés ha despertado, como el pensamiento postmoderno y el deconstruccionismo a él asociado) destacando cómo el paso del tiempo, del que se ocupa la historia, también afecta a ésta de forma muy directa, con el cambio de ortodoxias, pero también con la permanencia de tendencias y ritmos historiográficos.

Sobre esta cuestión trata la segunda parte del libro, y es que si algo destaca de esta obra es su carácter fundamentalmente práctico, y no sólo por el carácter del público al que va dirigido, sino porque esa tendencia está detrás de la forma de hacer historia de los autores. No se analizan sino aquellos puntos de vista cuya aplicación práctica es posible; se insiste en las cuestiones básicas para la práctica de la historia; se analizan las reglas del oficio, se examinan los problemas que la práctica de la investigación histórica plantea, y todo ello a partir del elemento básico: "La práctica de la historia empieza con las evidencias y con las fuentes" (85), algo que plantea problemas prácticos, por el incremento de material, pero que también proporciona la ancha base de realidad sobre la que fundamentar el conjunto de la construcción historiográfica. No es de extrañar, por tanto, que no aparezcan menciones al postmodernismo historiográfico, por lo que éste tiene de relativista en cuanto al valor de las fuentes, o, por mejor decirlo, en cuanto a los vínculos entre éstas y la realidad del pasado a la que se refieren. A partir de la confianza en el valor de las fuentes, examinan los distintos modos de hacer historia que éstas permiten. Asimilan para el momento presente historia local y microhistoria, justificando con ello el arraigo que una tan presente forma de hacer historia tiene en la actualidad. Defienden también la manera tradicional de hacer historia, entendiendo por tal la forma narrativa, ejemplificada de manera evidente por la biografía, de la que hacen una encendida pero realista defensa, calificándola como la mejor expresión para el estudio humanista del pasado (100). La historia comparada como medio de contextualización en una reflexión que debe mucho —en el campo de la historia— a Marc Bloch, pero sobre todo el énfasis en la historia desde abajo, fruto, como señalan los autores, de la capacidad de la historiografía para cambiar y modificarse a sí misma, para transformarse y adaptarse a las circunstancias del ambiente. Esta subárea supone una reacción frente a la historia desde arriba habitual y adquiere una multitud de aspectos que los autores engloban dentro de un mismo fenómeno. Insisten en su deuda con la historia del movimiento obrero y, por ello, con el marxismo, aunque en este sentido matizan la diversidad de opciones posibles, destacando y valorando especialmente la obra de E.P. Thompson. Asocian también historia cultural e historia de las mentalidades, aunque es evidente que las diferencias entre ambos sectores han ido creciendo, especialmente con el desarrollo del primero, que ha ampliado el viejo entendimiento de lo cultural como manifestación destacada del genio individual o elitistamente colectivo, para aplicarse a marcos más amplios, generalmente colectivos pero no limitado a grupos específicos y característicos, y ampliando el objeto de sus intereses

más allá de lo que la historia de las mentalidades propuso desde sus primeros esbozos finiseculares. Señala los lazos de la historia cultural con el postestructuralismo y el giro lingüístico y se preguntan, siguiendo a Darnton, si los objetos de investigación de sus especialistas son sólo testimonio de excentricidades o tienen también capacidad de generalización; incluso se plantean si la historia cultural es un retorno a las *antiquitates* (115-16). La respuesta gira de nuevo en torno a las fuentes que fundamentan todo ello y a su utilidad, una cuestión que no sólo afecta a un área concreta, sino a todas y que nos lanza de nuevo a la duda de la que parten muchos revisionismos, críticas y dudas acerca de la disciplina histórica, que no es otro que el del material que recogemos del pasado y su tratamiento. Volvemos a la hermenéutica, entramos en el territorio del giro lingüístico y como las cien mil moscas del panal, quedamos presos de patas en él. Termina este apartado con un comentario sobre la historia cuantitativa, haciendo especial mención de la presencia informática en la historia, sujeto de un cada vez mayor consenso, pero que aún necesita de una recomendación para el uso de la *herramienta* (la insistencia es nuestra) entre los historiadores. En las conclusiones a este capítulo, los autores señalan como argumento central el de la necesidad de teoría, así como la creciente pérdida de complejos de los historiadores a este respecto; sin embargo —aun sin dejar de reconocer este énfasis—, la cuestión de las fuentes gravita con más fuerza sobre estas páginas, aunque a partir de la reflexión sobre ellas surja la necesidad de establecer parámetros y reflexiones que favorezcan ese afán teórico cada vez más extendido. A nuestro entender, las fuentes son los elementos a partir de los cuales realizar la reflexión, pues incluso los hechos —a cuya percepción los autores apelan como base de la reflexión teórica (155)— en buena medida sólo nos son conocidos por medio de las fuentes, el único puente con el pasado.

El último capítulo de esta parte, a este respecto, trata de conceptos y teorías e insiste especialmente en el necesario papel teórico del historiador. Esta capacidad no se dirige exclusivamente a la teoría en sí misma, sino sobre todo a su aplicación crítica a las fuentes. En este sentido, la teoría y los conceptos no indicarían sino la capacidad del historiador para someter a las fuentes a una diversidad de puntos de vista, a un análisis más que a una mera recogida. Destaca en ese proceso la importancia de la sociología, especialmente en la valoración del cambio y el proceso, así como del marxismo, en lo que respecta a conceptos como clase, estructura y otros, aunque los suaviza mediante el tamiz de E.P. Thompson, que indica como hito recomendable para los alumnos. Sigue con cuestiones como género, identidad, comunidad o etnicidad, conceptos todos ellos de abundante utilización reciente y, por ello, sujetos a interpretaciones y abusos de su sentido. Por ese carácter controvertido y complejo, tratan los autores de proporcionar elementos seguros en los que basar un entendimiento inicial de los mismos, adelantándose a las posibles preguntas que generen y buscando,

con optimismo, los elementos positivos que de cada uno de ellos pueda extraerse.

La tercera y última parte es eminentemente práctica, y en ella se suceden las recomendaciones respecto a la lectura, la escritura en todas sus variadas formas y la manera de obtener éxito en los exámenes. Recetas diversas que son el resultado de la experiencia, y que suponen un elemento de ayuda siempre útil, sobre todo por su afán de superar la historia como mera recopilación.

Termina el libro con una reflexión en la que destaca la primera frase: "Por su propia naturaleza, la historia es contingente" (212) y las que posteriormente desarrollan esa idea, como la que afirma que la mayor virtud de la historia como disciplina es inculcar cierto sentido escéptico, que no cínico, sobre los modelos explicativos y sobre nuestra capacidad de comprender el pasado y por ello nuestro propio mundo. Quizá sea lógico que el mensaje de este libro, dirigido a quienes comienzan en la historia, se aleje de la crisis de una disciplina con casi tanta historia como la que ella misma recoge; del mismo modo, proponer la diversidad que engloba significa romper con falsos mitos sobre unidad e infalibilidad. En definitiva, mostrar diversas realidades lleva a preguntarse por las razones de la existencia de éstas, lleva a reflexionar y a abordar la teoría de una ciencia que ha sido muy reacia a ella, escudada en falsas seguridades, lleva a ser crítico. Pese a los riesgos, no es un mal bagaje para un estudiante que empieza una carrera, que si algo no debe ser es conformista.

Jeremy Black, nacido en 1955, ha sido profesor en la Universidad de Durham y en la actualidad ejerce docencia e investigación en la Universidad de Exeter. Especialista en historia del siglo XVIII, ha publicado buena parte de su obra con esta temática. Algunas de sus obras son: *Eighteenth century Europe 1700-1789*, Basingstoke, 1990; *British politics and society from Walpole to Pitt 1742-1789*, Basingstoke, 1990; editor de *A dictionary of eighteenth-century world history*, Oxford, 1994 o de *Culture and society in Britain, 1660-1800*, Manchester, 1997. También ha publicado algunas reflexiones, como *Maps and history. Constructing images of the past*, New Haven, 1997. Donald M. MacRaild desarrolla su actividad docente en la Universidad de Sunderland. Su obra fundamental es *Culture, conflict and migration: the Irish in Victorian Cumbria*, Liverpool, 1998.

Francisco Javier Caspistegui  
*Universidad de Navarra*

**Ferro, Marc - Planchais, Jean**, *Les médias et l'histoire*, CFPJ éditions, París, 1997. 166 pp. Pertenece a la colección *Médias et Société*, 4. ISBN 2-85900-131-X.

Marc Ferro, *L'empire de l'image*, 9. Incluye una selección de películas y documentales históricos, 57; Jean Planchais, *Les racines de l'actualité*, 95; Annexes, 153.